

RESEÑA DE THOMAS DILORENZO
(2004):
«*HOW CAPITALISM SAVED AMERICA*»

ADRIÀ PÉREZ MARTÍ*

Datos de la obra reseñada:

Título: How Capitalism Saved America

Autor: Thomas DiLorenzo

Editorial: Crown Forum, New York 2004

Número de páginas: 285

En *La mentalidad anticapitalista* Ludwig von Mises escribía: «Una nación es hoy más próspera cuanto menos ha intentado poner obstáculos al espíritu de la libre empresa y a la iniciativa privada. El pueblo de los Estados Unidos es más próspero que otros habitantes del resto de países porque su gobierno se embarcó más tarde que los gobiernos de las demás partes del mundo en la política de obstruir los negocios. Sin embargo, mucha gente, y especialmente los intelectuales, odian al capitalismo».

Hoy, el profesor Thomas DiLorenzo, en su último libro, *How Capitalism Saved America: The Untold History of Our Country, from the Pilgrims to the Present*, recoge el guante y desarrolla la idea que expresara el gran economista austriaco¹.

Thomas DiLorenzo, profesor de Economía en Maryland y miembro del Mises Institute, narra en este libro la historia del capitalismo en América, desde que los primeros colonos pisaran la tierra del nuevo país hasta nuestros días. Sin embargo, como el propio DiLorenzo

(*) Universidad de Valencia y miembro del Seminario Ludwig von Mises, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Rey Juan Carlos (Madrid).

¹ No en vano es a Von Mises a quien DiLorenzo dedica el libro: «The twentieth century's most dedicated and accomplished champion of free markets, individual liberty, and the free society».

ya indica en el subtítulo del libro, el objetivo no es contar una vez más la historia adulterada de su país, plagada de mitos y explicada a través de prejuicios anticapitalistas, sino la historia de la libertad de esta joven nación: cómo, episodio tras episodio, Estados Unidos ha podido sobrevivir y prosperar en tanto en cuanto se ha respetado, como ya indicaba Mises, la libre empresa y la propiedad privada (el capitalismo).

Pero, ¿por qué no siempre ha ocurrido así? ¿Por qué Estados Unidos se ha ido alejando de los ideales del *laissez-faire* y de la libertad individual sobre los que se asentó desde su fundación, y por qué han surgido tantos mitos y falacias en contra del capitalismo y siguen prevaleciendo durante tanto tiempo? El profesor DiLorenzo halla la respuesta en la ignorancia que muchos americanos padecen cuando se trata de comprender el sistema económico que surge en libertad. De ahí la necesidad de explicar, en los dos primeros capítulos, qué es el capitalismo pero también cuál ha sido la causa por la que la libertad ha ido menguando en este país a lo largo de su historia. En otras palabras, quiénes han sido los responsables de que el Gobierno Federal y los Gobiernos estatales hayan ido creciendo sin control, y quiénes han ido extendiendo la idea de la necesidad de la intervención política en los mercados. Es decir, los grandes mitos anticapitalistas a través de la historia de este país.

LA PROPIEDAD PRIVADA Y EL DESPEGUE DE AMÉRICA

Desde que las primeras colonias se establecieran en tierras americanas, una de las características básicas del capitalismo reclamó su importancia. DiLorenzo trata en el tercer capítulo del libro de la creación de dos colonias: una en Jamestown, Virginia, con financiación de la aristocracia, y otra en Plymouth, Massachusetts, de inversión privada. Ambas vivieron historias paralelas aun cuando no coincidieron en el tiempo. Los comienzos fueron desastrosos. La propiedad privada era prácticamente inexistente al adoptarse un régimen de propiedad comunal. Como consecuencia, la mayoría de colonos perecieron de hambre, malvivieron enfermos, cometían robos o incluso se hicieron siervos de los indios.

La razón de tan desastroso comienzo ahora nos resulta más fácil de comprender. Gracias al avance de la teoría económica entendemos mejor la realidad que aconteció. Los colonos no tenían incenti-

vos para trabajar porque el fruto de su trabajo no redundaba en su propio beneficio, sino al contrario, en el de la comunidad, la colonia, y en el de la compañía de los inversores. De este modo se producía lo que más tarde se denominó Tragedia de los Bienes Comunes. La ausencia de derechos de propiedad conducía al desinterés y a la ineficiencia, y éstos, a la extinción.

Una vez que el problema fue detectado por sendos emisarios de las compañías colonizadoras y se instauró la propiedad privada, la situación cambió drásticamente. A partir de entonces, las muertes por hambruna cesaron. En lugar de la servidumbre, se establecieron lazos comerciales con los indios. Se produjo un proceso de especialización, de expansión del comercio y nuevos mercados —la propia Europa y otras colonias—, y surgió entonces una floreciente *clase* de comerciantes y manufactureros. Por primera vez en su historia, el capitalismo —basado en la propiedad privada— salvó de la muerte y de la hambruna a los primeros pobladores de lo que serían los Estados Unidos de América.

LA REVOLUCIÓN CAPITALISTA Y LOS ATAQUES DEL MERCANTILISMO

El proceso por el cual se constituyeron esos Estados Unidos tampoco está libre de erróneas interpretaciones. De hecho, el *mito* que DiLorenzo pretende aclarar en este cuarto capítulo es el que se refiere a los motivos que provocaron la revuelta contra el rey Jorge III de Gran Bretaña. Se suele decir que los colonos se rebelaron a causa de la tiranía que dicho rey estaba infligiendo a los colonos americanos. Thomas Jefferson escribió en la Declaración de Independencia las constantes injusticias que el gobierno británico cometió en suelo americano.

La revuelta se entendería tradicionalmente como la respuesta de los americanos ante el establecimiento de una dictadura política. Los colonos creían que se les estaban negando los derechos prometidos. No obstante, como igualmente escribió Jefferson en el famoso texto, esa tiranía también se manifestaba en la vertiente económica. El rey estaba erigiendo una inmensa burocracia que acosaba al pueblo y acababa con su sustento vital. Y es este ámbito y su predominante importancia lo que el profesor DiLorenzo se encarga de resaltar. Así, la revuelta no sólo se llevaría a cabo por los abusos, usurpaciones, juicios injustos y demás arbitrariedades, sino sobre todo por el impla-

cable intento por parte del imperio de trasladar el más feroz de los mercantilismos a las colonias de Ultramar.

Ante los constantes intentos de aprobar nuevos impuestos y aranceles y de restringir el comercio, los americanos —sobre todo los empresarios americanos— respondieron con el contrabando y la *empresarialidad*. Era una situación muy parecida al actual problema del tráfico de drogas ilegales: la prohibición trajo consigo el contrabando, y ello, a su vez, más regulaciones e intervenciones para intentar contrarrestarlo, *enjambres de burócratas*, tal y como escribió Jefferson. Parte de esas nuevas actuaciones británicas consistían en el pago a informantes y espías, muchos de ellos también contrabandistas que lo que querían era expulsar del mercado a los competidores más eficientes, y, en suma, más ataques a la libertad de comercio.

El resentimiento fue creciendo conforme era mayor la asfixia de la economía colonial. Varias leyes empezaron a no ser contestadas solamente con contrabando: comenzaban las protestas. Los gobiernos británicos respondieron retirando las leyes, pero al poco tiempo imponían otras nuevas incluso más restrictivas (la *Navigation Act* o la *Stamp Act* son buenos ejemplos). Todas estas leyes demostraban el abuso a las colonias por parte del imperio británico, y su uso en función de las necesidades del Imperio. Cuando el contrabando, el boicot y las revueltas fueron insuficientes, estalló la rebelión, liderada en un primer momento por los comerciantes, pero a la que pronto se sumaron «los plantadores de Virginia, los granjeros de Pensilvania, los leñadores de Connecticut, los marineros de Nueva Inglaterra» y, en general, todos aquellos que veían el mercantilismo británico como la amenaza a su subsistencia. Fue una rebelión antimercantilista —antiintervencionista—, y, por tanto, procapitalista.

Bajo el epígrafe «Una nueva nación que protege las libertades económicas», DiLorenzo nos narra cómo los fundadores del nuevo país tuvieron muy presente salvaguardar la libertad económica y proteger el capitalismo —aunque el término todavía no hubiese sido acuñado—. Muchas partes de la Constitución de 1789 adoptaban importantes salvaguardas para la libertad. Entre otras, la *Contract Clause* prohibía cualquier intromisión legal que recortara la libertad de contratación. Y en cuanto al proteccionismo, la *Commerce Clause* prohibía los aranceles entre Estados y los impuestos a la exportación, haciendo del país una zona de libre comercio. La Quinta Enmienda protegía la propiedad privada y exigía un juicio justo para su privación; así se defendía a los ciudadanos de cualquier usurpación arbi-

traría del gobierno. Además, la Constitución eliminaba la discriminación fiscal entre americanos y entendía que los impuestos debían ser destinados al bienestar general —no al de los grupos de presión, como bien ponía de manifiesto James Madison en un *Federalist Paper*—. En suma, los padres fundadores de Estados Unidos entendieron perfectamente las nefastas consecuencias que el Estado podía provocar si los derechos de contrato y de propiedad no estaban garantizados: sólo había que observar los efectos del mercantilismo en las naciones europeas de la época para darse cuenta de la necesidad de limitar las atribuciones estatales.

Mientras los fundadores limitaban el poder del Estado, se creó lo que vino a llamarse el sistema de soberanía compartida (*dual sovereignty*). Bajo este sistema, el Gobierno central (federal) velaba para que los Estados no acometieran políticas tiránicas ni desarrollaran conductas opresoras. Y viceversa, también los Estados tenían los mismos poderes para poder afrontar posibles abusos del Gobierno de Washington. Era un sistema de vigilancia mutua que durante décadas resultó ser la primera línea de batalla contra el mercantilismo federal (que más tarde desembocaría en la guerra civil).

De hecho, lo que algunos han denominado «Era de las rivalidades», DiLorenzo nos muestra cómo, en realidad, fue una era en la que los Estados —en especial, los Estados del Sur, más dependientes del comercio exterior— hicieron frente a lo largo de cuatro décadas a los ataques de los mercantilistas federales liderados por Alexander Hamilton, John Quincy Adams, Henry Clay o más tarde el propio Abraham Lincoln. Enfrentados a estas ideas económicas se encontraban T. Jefferson, J.C. Calhoun, James Madison, James Monroe y Andrew Jackson, entre otros. El programa de los mercantilistas hamiltonianos (más tarde llamado por Henry Clay «American System») fue, a grandes rasgos, el proteccionismo, los impuestos, la creación de un sistema monetario estatal y las grandes obras públicas (canales, grandes vías, grandes líneas férreas).

Hasta los años cincuenta del siglo XIX, los Estados habían podido resistir los embates impositivos del Gobierno Federal. La anulación, la interposición e incluso la amenaza de secesión fueron instrumentos usados por éstos para obligar a la derogación de aranceles e impuestos. Cuando el propio Hamilton creó el primer Banco Central, el Bank of the United States, los Estados crearon *ad hoc* impuestos especiales, dirigidos, esta vez, a acabar con las sucursales que ese banco tenía en esos Estados. El acoso resultó efectivo —si bien el ban-

co ya había sido lo suficientemente rápido como para dar muestras de su nefasta gestión y corrupción—. Finalmente, Andrew Jackson terminó de asestarle la estocada final, vetándolo cuando alcanzó la presidencia.

Como decíamos, cuando el Partido Republicano ganó influencia —principalmente, bajo la batuta de Abraham Lincoln— fue cuando se perdió la batalla contra el mercantilismo. Pocos días antes de acceder éste al poder, el Senado aprobó el arancel Morrill, que, para la satisfacción de los Estados del Norte y los sindicatos, limitaba el libre comercio con el exterior, perjudicando a los tradicionalmente más abiertos Estados del Sur. Durante la guerra entre los Estados, Lincoln triplicó los aranceles, que ya antes habían sido duplicados gracias a la influencia de su partido. Creó, asimismo, el Banco Central, con la *National Currency Act*, y emprendió la concesión masiva de subsidios para la construcción de grandes obras públicas (canales, grandes vías y líneas del ferrocarril), todo ello acompañado de la inevitable proliferación de grupos de presión y, consecuentemente, del amiguismo político, la corrupción y la compra de votos. La revuelta contra el mercantilismo y por el capitalismo, que comenzó con la generación revolucionaria, terminó en derrota. El mercantilismo se apoderó de la esfera pública americana y comenzó a reinar desde entonces.

LAS AUTOPISTAS DEL CAPITALISMO CONTRA LOS EMBATES DEL INTERVENCIONISMO

En «Las autopistas del capitalismo» (capítulo quinto), DiLorenzo trata con mayor atención uno de los debates sobre política económica de mayor importancia en las seis primeras décadas del siglo XIX americano. No sólo los impuestos, los aranceles y los intentos de creación de un sistema monetario planificado fueron los objetivos constantemente perseguidos por los mercantilistas; también la concesión de subsidios para la construcción de obras públicas fue un arma usada por los anticapitalistas americanos y sus ansias de planificar el sistema económico. Y aunque consiguieron retrasar la implantación de esos subsidios hasta cuando pudieron, los Jefferson, Madison, Calhoun y Monroe no pudieron evitar que sus adversarios esgrimieran el mito de los bienes públicos y el *problema* del *free-rider*. En este capítulo, Thomas DiLorenzo muestra cómo la creación de infraestructuras, que los intervencionistas intentaban monopolizar a través

del Estado, se estaba realizando ya diligentemente por el sector privado. Así, en los primeros cuarenta años del siglo XIX proliferaron autopistas de peaje y vías financiadas con capital privado. Comerciantes, terratenientes, ciudadanos y hombres de negocios pusieron su dinero, pese a que los rendimientos no fueran mucho mayores del 3%. Ahora bien, había otros beneficios para los inversores que explican en buena medida el auge constructor: mayor volumen de comercio, mayor valor de las tierras por donde pasaban las vías, más mercado en el que comerciar por las mejores comunicaciones y, en definitiva, mayor mercado y capitalismo. Asimismo, otro interesante determinante de la naciente industria de las grandes vías fue, como resalta DiLorenzo, la excepcional capacidad de los americanos de aquellos tiempos —en los que aún el gobierno no había invadido la vida económica del país— para asociarse voluntariamente con el fin de alcanzar los más grandes proyectos. Algo muy propio de una economía libre.

Por otra parte, los auténticos empresarios no sólo construían un gran número de vías, sino que lo hacían de modo más eficiente que las empresas receptoras de subsidios estatales y federales —un buen ejemplo de ello es el gran James J. Hill, que construyó una línea de ferrocarril transcontinental sin aceptar ningún tipo de subsidio. De hecho, fue tal el desastre de estos planes públicos —su corrupción, amiguismo político, despilfarro y proyectos ruinosos inacabados—, que en 1860 sólo dos Estados de la Unión no habían prohibido semejantes subsidios en sus Constituciones. Una vez más, los Estados del Sur fueron los más *beligerantes* en este aspecto —no en vano, la Constitución Confederada de 1861 lo subrayaba explícitamente—. Con los republicanos Lincoln, Johnson y Grant, los subsidios y la planificación económica comenzaron su irrefrenable andadura.

CÓMO EL CAPITALISMO ENRIQUECIÓ A LOS TRABAJADORES

El sexto capítulo está dedicado al mito por antonomasia, el de la explotación capitalista a la clase trabajadora. La revolución industrial, se dice, fue un horror que enriqueció a unos pocos a costa del sometimiento de los trabajadores a condiciones deplorables. Y realmente, señala DiLorenzo, las condiciones sí eran deplorables, pero sólo si las comparamos con nuestro nivel de vida actual. La realidad fue

que las personas emigraban voluntariamente del campo a la ciudad porque trabajar en las nacientes y rudimentarias factorías era un modo de prosperar y mejorar sus condiciones de vida. Un hecho que se repite en la actualidad —comenta el autor— con la inmigración proveniente de los países subdesarrollados. La inversión y el mayor uso de bienes de capital posibilitaron el aumento de la productividad de los trabajadores, lo que permitió, a su vez, el aumento de los salarios y del poder adquisitivo. Al mismo tiempo, el florecimiento de industrias y el respeto al mercado libre dieron lugar a la producción de una mayor variedad de productos y facilidades y a la reducción de la jornada laboral, así como a la práctica desaparición del trabajo infantil.

Y todo ello a pesar de la nefasta influencia de los sindicatos, cuya cruzada anticapitalista no ha hecho más que perjudicar a toda la sociedad y, en especial, a los trabajadores, a quienes dicen representar. Pues fue, y es, el capitalismo, con sus mayores y mejores productos y bienes de capital, el que ha posibilitado el incremento continuado del nivel de vida de la población.

El mito de la explotación es falaz. Ya Eugen von Böhm-Bawerk refutó esta teoría económica, sustentada en una incorrecta teoría del valor, y mostró sus contradicciones internas. Sin embargo, hay otra faceta de la actividad empresarial a la que DiLorenzo dirige su atención y que ha aumentado el bienestar de los trabajadores: la función empresarial, entendida como creatividad, coordinación y creación de nuevas oportunidades de satisfacer las necesidades de la población.

Por tanto, no sólo el mito de la explotación no tiene ninguna base, sino que son los empresarios quienes con su creatividad y empuje hacen prosperar a la sociedad y elevan el nivel de vida de las masas, al realizar los proyectos más necesarios para los consumidores (entre ellos, los trabajadores).

EL SOCIALISMO, CONTRA LOS GRANDES EMPRESARIOS

Algunos empresarios americanos de finales de siglo XIX y principios del XX son una buena muestra. Y a pesar de ello, la propaganda estatista no dudó en calificarlos como los «Robber Barons» (magnates ladrones). Los grandes constructores del ferrocarril, como el ya mencionado James J. Hill, el famoso Rockefeller o Cornelious Vanderbilt, entre otros, fueron empresarios orientados hacia el mercado (*market*

entrepreneurs), que tuvieron que competir con los empresarios *burocratizados* (*political entrepreneurs*) que medraban gracias a favores políticos, *lobbies* y subsidios. Y, obviamente, triunfaron del único modo posible en un mercado libre: reduciendo costes y precios, satisfaciendo del mejor modo posible a los consumidores. Pronto, tanto los propios empresarios *políticos* ineficientes como los grupos de presión y los políticos mercantilistas les acusaron de enriquecerse a costa de los consumidores, cuando, en realidad, solamente estos hombres fueron capaces de crear nuevos mercados, de desarrollar ciudades y nuevas industrias, de posibilitar el enriquecimiento de millones de personas, de construir parques y centros educativos y de donar grandes sumas a la caridad, y todo ello al tiempo que se hacían ricos.

Ésta es la historia, desarrollada en el capítulo séptimo, de unos auténticos hombres de negocio que tuvieron que batallar contra la burocracia y a la que algunos lograron derrotar. Hill, por ejemplo, nunca quebró, mientras que sus adversarios sí lo hicieron, aun estafando y robando a través del Estado. Sin embargo, otros no tuvieron la misma suerte, como el propio Rockefeller, que sufrió la desmembración de su empresa en lo que fue una demostración de la legislación *antitrust*. Fueron, pues, los empresarios *políticos* los auténticos villanos de la historia americana de los negocios, y no los empresarios genuinos como Hill y Rockefeller.

LAS POLÍTICAS ANTITRUST: UNA DE LAS ARMAS DEL ESTATALISMO

Precisamente, dicho ataque frontal a la libertad de estos empresarios se llevó a cabo al abrigo de las políticas *antitrust*. El mito que constituye el octavo capítulo del libro se puede sintetizar del siguiente modo: las grandes empresas, fruto de las grandes fusiones del cambio de siglo, copaban enormes cuotas de mercado que les permitían aplicar precios de monopolio.

Esta idea, a pesar de significar una abierta agresión contra la libre competencia capitalista, de la que tanto se había beneficiado la sociedad americana, suponía el fundamento último de la *Sherman Act* y era diariamente blandida ante el público norteamericano por los economistas de corte intervencionista, que pretendían respaldar teóricamente estas leyes liberticidas, y por algunos incendiarios periodistas a través de sus columnas periódicas.

No obstante, es un mito que el profesor DiLorenzo destruye completamente: al fusionarse, las empresas mejoraban su eficiencia; por tanto, su mayor presencia en el mercado era fruto de una mejor gestión. Al servir más eficientemente a los consumidores, obtenían cuantiosos beneficios, y sólo ello hacía posible mantener grandes tamaños y plantas. Además, ¿cómo es posible que estas empresas redujeran continuamente los precios si su control del mercado era tan prominente? Por otra parte, las políticas *antitrust* eran el fruto de una alianza entre políticos y empresarios corruptos para limitar la auténtica competencia, para atacar a las empresas verdaderamente eficientes, perjudicando con ello a los consumidores y su nivel de vida. Fue lo mismo que ocurrió con el mercantilismo británico pre-revolucionario, y lo que ocurriría más tarde, en la segunda mitad del siglo XX, con Microsoft Corporation e IBM, o la literal aniquilación de la Pan American World Airways, entre otros casos.

CÓMO EL KEYNESIANISMO ASFIXIÓ LA LIBERTAD

Los dos siguientes capítulos, noveno y décimo, podrían estudiarse bajo un mismo título: la relación entre el intervencionismo y las crisis económicas. El mito del primero de estos dos capítulos constituye uno de los más grandes: el capitalismo, debido a su esencia inestable, conduce indefectiblemente a la crisis económica. Prueba de ello son los felices años veinte de Herbert Hoover y el *crac* del 29. Se dice que los años veinte se caracterizaron por un extremo *laissez-faire*. La crisis de finales de la década sería, pues, consecuencia del capitalismo sin trabas. A tal mito, DiLorenzo responde de dos maneras: mostrando el verdadero legado del presidente Hoover y señalando las causas del ciclo económico.

Respecto al primer punto, el autor repasa todos los prejuicios económicos expresados por Hoover antes de que alcanzara la Presidencia del Gobierno, y que luego constituirían la base de su intervención sobre el capitalismo. Desde un principio, como Secretario de Comercio bajo el mandato de Wilson, Hoover ya tenía como objetivo «la transformación de la sociedad americana». Su pensamiento sigue siendo una referencia para cualquier intervencionista profundo. Consideraba la competencia como destructiva y despilfarradora; juzgaba la jornada laboral *demasiado* larga, y que ciertas personas tenían *demasiado* dinero; pensaba que el mejor modo de estimular la economía era

mediante el gasto público y la creación de crédito fácil, y explicó en centenares de conferencias las necesidades y bondades de la regulación en diversas industrias y mercados de la economía —entre ellos, el laboral—. Hoover también fue un proteccionista, al mismo tiempo que un decidido creador de cárteles en la agricultura. Primero con Wilson y más tarde como Presidente, las ideas de Hoover se tradujeron en más impuestos, más aranceles, más regulación en el mercado laboral, más déficit y, en definitiva, menos libertad. Tal fue la actuación de este político, que Rexford Tugwell, consejero económico de Roosevelt, la calificó como el origen de las ideas que luego madurarían en el llamado *New Deal*. De este modo, no sólo no fue un periodo de libertad, sino que, bajo el mandato e influencias del republicano Presidente Hoover, Estados Unidos fue sometido al más serio de los intervencionismos y proteccionismos conocidos hasta la fecha.

Una de esas intervenciones, el sistema de la Reserva Federal, creada en 1913, fue la auténtica causa de la terrible crisis que asolaría el país. DiLorenzo expone, siguiendo *America's Great Depresión*, de Rothbard, la teoría de los ciclos económicos de la Escuela Austriaca, señalando que ésta, y no el mito, es la verdadera explicación de la crisis de los años veinte.

Y si la anterior es una de las grandes fábulas, su corolario constituye el mayor de todos los mitos del siglo XX: el capitalismo, al ser inestable, conduce a la crisis, y la conclusión que se extrae es que el Gobierno debe salvar al capitalismo de sí mismo. Tal misión —tal mito— fue llevada a cabo por Franklin Delano Roosevelt después de suceder a Hoover en la Presidencia del Gobierno. Este capítulo, titulado «Cómo el New Deal cercenó el capitalismo», desarrolla las políticas del presidente F.D. Roosevelt. Explica las grandes similitudes de su sistema —el intervencionismo, los empresarios *políticos* en connivencia con los planificadores, la propaganda y una *intelligentsia* ya totalmente presentes— con el fascismo, el nazismo y el comunismo en auge por la Europa de entonces, y destaca la ineficiencia del gasto gubernamental, la corrupción, la compra de votos y la extorsión durante sus mandatos —prácticas habituales en todo intervencionismo, pero agrandadas y multiplicadas por una personalidad que quería mantenerse a toda costa en el poder—. Concluye el profesor DiLorenzo que, lejos de proteger al capitalismo de sí mismo, Roosevelt no propició la recuperación económica, sino que agravó la crisis y postergó la recuperación, hasta tal punto que no fue hasta finales de la Segun-

da Guerra Mundial cuando se alcanzaron los mismos índices económicos que los previos a la Gran Depresión.

EL LEGADO DEL *NEW DEAL*: LA ERA DE LAS REGULACIONES

No obstante, uno de los efectos más dañinos del *New Deal* no fue de tipo inmediato, sino la idea casi subliminal de la necesidad de la intervención política para resolver cualquier problema económico. Basado en este error, el Gobierno reguló infinidad de industrias y bienes. La energía fue una de las actividades más reguladas. Tal como nos cuenta en el siguiente capítulo, durante el siglo XX la intensidad en la intervención en este sector fue creciendo desmesuradamente. El Gobierno Federal, con la ayuda de los intelectuales y la propaganda anticapitalista, y posteriormente con los grupos de presión ecologistas, sustentó la idea intervencionista en el sector energético. Así, en los años cincuenta y sesenta se llegó a una industria totalmente cartelizada, con redes burocráticas que manejaban precios y tarifas y, por supuesto, restricciones a la importación. Se crearon oficinas gubernamentales al más puro estilo soviético, como el Department of Energy, para implementar una planificación total. El Gobierno Federal inició una continua propaganda de todo tipo, usando para ello incontables predicciones falsas a cual más sorprendente —una de las primeras *predicciones* que muestran trágicamente su rigor científico se realizó a finales del siglo XX y pronosticó que ¡en Texas nunca se encontraría petróleo!—. Con las ansias de poder y control, la simbiosis entre propaganda y regulaciones alcanzó tal gravedad que los efectos pronto se dejaron sentir. Los desabastecimientos fueron notorios, alcanzando su máxima severidad en los cincuenta, sesenta y, sobre todo, en los setenta. La OPEP no fue el único culpable de la gran crisis energética de los setenta, nos cuenta DiLorenzo: fue el gobierno, con su intervención al más puro estilo socialista.

En 1980, ante otra crisis provocada por el gobierno, Jimmy Carter comenzó la desregulación y la vuelta al capitalismo. La liberalización de los precios del crudo y del gas se aceleraron con la presidencia de Ronald Reagan. Como consecuencia, la industria del petróleo experimentó el mayor crecimiento y expansión de la historia de EE.UU. (la desregulación de la industria del gas no se completó hasta 1993). Las crisis terminaron. Los desabastecimientos y restricciones cesa-

ron. El *enjambre burocrático* se retiró y la asignación ineficiente de recursos concluyó. Una vez más, el capitalismo salvaría a América de las crónicas crisis de la energía.

Aun así —añade DiLorenzo—, los políticos, tal como demostraron con la crisis energética de California (debida a la incompleta liberalización), no aprenden, y personajes como Hillary Clinton y John Kerry siguen pidiendo más intervención y más control gubernamental.

EL ODIIO INTERMINABLE AL CAPITALISMO

En el último capítulo del libro, «La guerra interminable contra el capitalismo», DiLorenzo concluye con más ejemplos actuales de cómo la alianza entre políticos e *intelectuales* continúa haciendo posible el entorpecimiento de la economía de mercado.

Desde el inicio de la era de las regulaciones, el capitalismo dejó de ser libre para convertirse en una maraña de leyes que obstruían la auténtica guía en una economía libre: las pérdidas y las ganancias. En su lugar, los intereses políticos se hicieron con el protagonismo económico, provocando problemas y agravándolos cuando ya existían. Se demostraba así que los auténticos enemigos del capitalismo son los políticos y aquellos capitalistas (normalmente ineficientes) con los que se han aliado a lo largo de los años para perpetrar sus extorsiones mediante regulaciones y leyes.

En este último episodio, DiLorenzo se ocupa del caso Microsoft. Bill Gates y Rockefeller vivieron situaciones parecidas: ambos fueron acosados por el *stablishment*. Gates, por un lado, llegó a ser comparado con Al Capone por un juez que luego fue reemplazado por tendencioso, y por otro fue sometido a acusaciones tan ridículas como la de invertir demasiado en investigación o la de una posible rebaja de precios en el futuro. También fue objeto de una conspiración que reunió a los competidores menos eficientes —Sun Microsystems, entre otros— con varios senadores en Silicon Valley, donde urdieron un plan para acabar con su empresa. La realidad era que allí donde se establecía Microsoft los precios se reducían en un 60% de promedio.

Recientemente —nos cuenta DiLorenzo— se ha ido desarrollando un nuevo ataque a uno de los pilares del capitalismo, la libertad de contratos. El Estado invadió los límites de la responsabilidad individual y suplantó al verdadero protagonista de sus actos. De este modo,

la responsabilidad individual pasa a ser socializada por el Estado y queda diluida en la nada. El caso de la nocividad de las hamburguesas —McDonald's— o el tabaco son buenos ejemplos de la creación por parte de la clase política de nuevos campos de regulación ávidos de ser usados para la compra de votos, la extorsión y, en definitiva, el juego político. En base a la socialización y la eliminación de la responsabilidad individual que en toda sociedad contractual es imprescindible, el Estado aprobó leyes y más leyes, basadas en estudios carentes de toda explicación teórica y llenos de estadísticas y relaciones causales rudimentarias que pretendían ser determinantes. Así, otra red burocrática se extendió para que una nascente legión de abogados surgiera y se aprovechara para litigar contra las grandes empresas, en este caso de comida rápida o tabaqueras, o para amenazarlas con demandas y de esa forma ganar fácilmente grandes sumas de dinero.

DiLorenzo termina el libro con las últimas ofensivas al capitalismo, que, sin embargo, esconden los mismos argumentos de siempre. Periodistas, intelectuales y oportunistas (como Michael Moore) arremeten con libros o documentales contra una situación en la que los problemas son más graves a causa de la propia intervención. Y sus soluciones no dejan de ser más medidas coactivas y ataques anticapitalistas.

La cita de Mises no podría ser más acertada. El capitalismo ha salvado continuamente a América de la pobreza y de su destrucción. Pero los gobiernos y los intelectuales de todas las épocas han tenido como principal objetivo adulterar su forma de vida. Los intentos por construir nuevas sociedades no quitarán un ápice de verdad a la leyes de la economía, pero sí pueden acabar con la sociedad y con el género humano.

En este libro, pues, el capitalismo, la libertad y los mitos anticapitalistas se narran a través de una siempre interesante historia del país más admirado y odiado de cuantos habitan en el globo, en una obra amena y de muy provechosa lectura. Muy recomendable.